

bam  
bú

CAZA  
MAYOR

# BIG GAME

DAN  
SMITH



Editorial Bambú  
es un sello de Editorial Casals, SA

Título original: *Big Game*

Publicado por acuerdo con Chicken House.

© 2015, Dan Smith, por el texto  
Basado en el relato original de Jalmari Helander y Petri Jokiranta  
Basado en el guion original de Jalmari Helander © 2015  
Basado en la película original producida por  
Subzero Film Entertainment junto con  
Altitude Film Entertainment y Egoli Tossell Film  
© 2015, Celia Filipetto, por la traducción  
© 2015, Editorial Casals, SA, por esta edición  
Casp, 79 – 08013 Barcelona  
Tel.: 902 107 007  
editorialbambu.com  
bambulector.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig  
Imagen de la cubierta: © 2014 Subzero Film Entertainment,  
Altitude Film Entertainment, Egoli Tossell Film

Primera edición: febrero de 2015  
ISBN: 978-84-8343-373-7  
Depósito legal: B-27635-2014  
*Printed in Spain*  
Impreso en Anzos, SL  
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

## Primera cacería

**A**gazapado bajo la sombra de un grupo de abedules, levanté la cabeza y husmeé el aire. El olor almizclado del musgo húmedo y de la tierra me llenó la nariz, pero noté un dejo a algo más, algo tibio y salvaje.

Me quedé quieto y oí un crujido. Algo se movía.

Allá.

Allá delante, oculto en el verde moteado del bosque.

Sin apartar la vista de los árboles, bajé la mano y agarré unas cuantas hojas del último otoño. Pardas y polvorientas, volaron hacia mí cuando las lancé al aire; supe que lo que estuviese ahí fuera no me olería. Tenía el viento en contra.

Empuñé con más fuerza el arco con la mano izquierda y alargué la derecha para sacar una flecha de la aljaba. Tenía la punta afilada y limpia.

Ajustando la flecha en la cuerda, avancé sin hacer ruido. Me detuve, avancé un poco más, moviéndome despacio.

Allá delante, el suelo del bosque estaba cubierto de ramitas y hojas secas. Pero yo era un cazador. El mejor de nuestro pueblo. Pasaría sobre ellas como un fantasma.

Pisé la jaspeada alfombra de hojas cobrizas con el pie bien plano. El tiempo se detuvo. El pulso me latía más despacio. Se me relajaron los músculos y tenía la cabeza despejada.

Entonces lo descubrí. No muy lejos. Una silueta entre las ramas.

Era el animal más grande que había visto nunca; se alzaba orgulloso y erguido, la cabeza vuelta hacia mí. Tenía una cornamenta enorme y ramificada, por lo menos del mismo ancho que mis brazos extendidos.

Enderecé la espalda, inspiré hondo, levanté el arco y tiré de la cuerda hacia mi mejilla. Cerré un ojo y apunté, soltando el aire poco a poco, sin parar.

Ya.

Cuando dejé ir la cuerda, la flecha cruzó el bosque zumbando. Cortó el aire cubriendo la corta distancia en un abrir y cerrar de ojos: mortífero misil de madera y pluma, certero y recto.

Pero la flecha rozó una rama oscilante y se desvió hacia la derecha. Giró y giró hasta golpear la corteza de un abedul y caer entre las hojas como una ramita inofensiva.

—Maldición.

De inmediato saqué otra flecha, la ajusté al hilo, estiré y disparé.

Esta vez la flecha atravesó las ramas, pero al llegar al ciervo había perdido fuerza. Cuando golpeó los cuartos traseros del animal, rebotó y se la tragó la espesura.

–¡No puede ser!

Me acerqué más y disparé otra flecha. Esta vez casi le di al ciervo a la altura del corazón, pero la flecha tampoco llegó a atravesarle la piel.

–Estoy muerto –dije, bajando el arco–. Nunca voy a pasar la prueba.

La realidad me envolvió otra vez con su estrépito. No era el mejor cazador de mi pueblo. Ni siquiera el mejor cazador de mi edad. Era un negado. Mi arco era menos pesado que el de los otros chicos porque me faltaba fuerza para usar otro mayor, y tenía peor puntería.

Suspiré mientras cruzaba pesadamente en dirección al bulto detrás de los árboles, aparté las ramas y me detuve a su lado. De lejos parecía normal, pero de cerca no era más que una pila de palos y musgo con una vieja manta color café echada por encima. Papá y yo lo habíamos construido el mes anterior para practicar, justo aquí entre los árboles, detrás de nuestra casa.

Solté una palabrota, puse otra flecha en el arco y disparé a quemarropa al muñeco. La punta de la flecha atravesó la manta con fuerza y se enterró en el corazón falso del animal.

No hubo caso. A lo mejor me iría bien si lograba acercarme lo suficiente. O a lo mejor tenía suerte y...

Oí pasos a mi espalda.

Me di media vuelta y esperé; sabía que era papá porque reconocí el ritmo y el peso de sus pisadas. Era un hombre corpulento, con una buena zancada, pero ligero de pies.

–¿Qué, Oskari? –dijo, manteniendo las ramas apartadas para mirar a través del hueco–. ¿Prácticas de última hora?

Me aparté el pelo de los ojos y me encogí de hombros, haciendo caso omiso de los escalofríos de miedo que me entraban de solo pensar en lo que me esperaba. Al día siguiente cumpliría trece años, pero para llegar a ser un hombre debía pasar la prueba.

–En fin... –Papá vaciló, como si no supiera bien qué decir.– Nos están esperando. ¿Listo para marcharnos?

–Supongo. –Pero no me moví de mi sitio.

Papá me observó un momento, después se acercó a mí, me puso la mano debajo de la barbilla y me levantó la cabeza para que lo mirara.

–No te preocupes –dijo–. Te irá bien.

Asentí y traté de sonreír. Pero no tenía yo la sensación de que me iría bien.

## El Sitio de las Calaveras

**E**l estómago me daba volteretas cuando dejé el arco en un rincón de mi cuarto y salí de casa.

Papá me esperaba en el cuatro por cuatro con el motor en marcha. Tamborileaba con los dedos sobre el volante.

—¡Vamos! —me gritó asomado a la ventanilla—. Tenemos que irnos.

Cerré la puerta de casa y fui hasta el coche, pero cuando lo rodeé para abrir la puerta del lado del acompañante, papá negó con la cabeza.

—Irás al lugar de la prueba en el asiento de atrás —dijo—. Cuando la hayas superado, te sentarás delante como un hombre. Las cosas hay que hacerlas bien.

No le contesté y me subí a la parte de atrás. Hacía mucho tiempo que no me sentaba en ese asiento y me sentí pequeñito.

Papá puso la primera y partimos. Me echó una ojeada por el retrovisor y se mesó la barba como si meditara a fondo.

–Ya sé que no tienes muchas ganas de ir, pero la tradición es la tradición.

–Sí que tengo ganas de ir –protesté.

Abrió la boca para decir algo, lo pensó mejor, cambió de idea y cerró la ventanilla. De inmediato, el viento frío cesó y atrás empezó a hacer calor. El aire estaba viciado y olía a botas viejas.

El camino lleno de baches que cruzaba el pueblo estaba flanqueado de coches que esperaban, y, cuando pasamos, tocaron la bocina y nos siguieron en fila india. Traté de olvidar que me seguían a mí. Venían a mi prueba.

–A ver, hazme el alce –me pidió papá.

Inspiré hondo, hice bocina con las manos e intenté reproducir el sonido que él me había enseñado.

–¡Miiigrr, miiigrr!

Papá frunció el ceño y dijo:

–Se parece, pero suena más bien a un viejo roncando. Quizá el ciervo te salga mejor.

Sin embargo, cuando intenté imitar ese sonido, sonó más bien como un gato ahogándose. Papá negó con la cabeza y se concentró de nuevo en el camino.

Cerré los ojos y deseé encontrarme en otra parte.

–Lo siento.

–Te irá bien, Oskari. –Sería como la quinta vez que lo decía. Pero sonó más bien a que intentaba convencerse de que no lo decepcionaría.– En el quad tienes cuanto te hará falta.



Pero si te acuerdas de lo que te enseñé, no vas a necesitar nada. En mis tiempos, no teníamos motos todoterreno como esta; íbamos andando, y nos las arreglábamos la mar de bien. Y ahora dime cuáles son las dos cosas más importantes.

–Hummm...

–Venga, Oskari. Las dos cosas más importantes.

–El cuchillo.

–Sí.

–El kit para hacer fuego.

–¿Los llevas encima?

–Sí, aquí los tengo. –Le di unas palmaditas al cuchillo colgado de mi cinturón y luego me toqué el bolsillo de la chaqueta donde guardaba un contenedor hermético con el kit para hacer fuego.

–Así me gusta. Mientras tengas esas dos cosas, puedes sobrevivir a lo que sea en cualquier parte. No las guardes en la mochila. Llévalas siempre encima. Y no las pierdas. Ahí fuera pueden marcar la diferencia entre la vida y la muerte.

–Solo estaré una noche –dije, tratando de hacerme el valiente.

–Eso no tiene importancia. Una noche en el bosque basta. Cualquier cosa puede torcerse, ya lo sabes. El cuchillo y el kit para hacer fuego te darán protección y abrigo y te permitirán mantenerte bien alimentado el tiempo que haga falta. Y tendrás el arco, claro.

El arco. De solo pensarlo se me heló el estómago.

Suspiré y me volví para mirar por la mugrienta ventana trasera mientras me bamboleaba siguiendo el movimiento del cuatro por cuatro. Hacía rato que el pueblo

había quedado atrás, perdido entre los árboles, a medida que íbamos subiendo las estribaciones del monte Akka, el más alto de esta zona.

Detrás, bien sujeto al remolque que traqueteaba por el camino plagado de baches, viajaba el quad de papá. Tiraba de las cadenas como dotado de vida, desesperado por soltarse. El viejo quad, cubierto de barro, con la pintura verde desconchada, llevaba en danza desde que yo tenía memoria, y papá siempre estaba arreglándolo o tratando de conseguir piezas de recambio porque no podía permitirse comprar uno nuevo.

Detrás del remolque iba la fila de vehículos que nos seguían: una variopinta partida de viejas furgonetas herrumbradas y camionetas cuatro por cuatro. Algunas iban hasta los topes de equipo, cubiertas con lonas impermeabilizadas que ondeaban al viento; otras tiraban de caravanas viejas y destartaladas. Las observé un momento y sentí náuseas de solo pensar en los hombres que iban dentro: hombres que subían a la montaña para ver cómo me sometía a la prueba, hombres que esperaban que yo fallase porque no era fuerte y no destacaba en nada.

Mamá siempre decía que yo era de crecimiento lento. Cuando regresaba del colegio lleno de magulladuras, me preparaba chocolate caliente y decía que era cuestión de tiempo, pero que llegaría a ser más grande y más fuerte que chicos como Risto y Broki, pero que ellos nunca serían tan listos como yo. Papá sonreía y le daba la razón.

**16**      –Más grande, más fuerte y más listo –solía decir él–. Algún día serás algo más que un cazador.

Aunque, ahora que mamá no estaba, papá ya no sonreía tanto.

A la izquierda del camino, el ascenso hacia el monte Akka estaba tapizado de peñascos y pinares infinitos. Allá arriba la primavera infundía lozanía al bosque denso, oscuro y pletórico de vida. En ese momento, la verdad sea dicha, no quería pensar en las cosas que vivían allá arriba, osos capaces de arrancarte la cabeza de un limpio zarpazo; glotones feroces, del tamaño de un perro, con unos dientes que machacaban huesos. Mamá solía contarme cuentos sobre otras cosas; sobre Ajatar, por ejemplo, el demonio de los bosques, que tenía pinta de dragón y podía hacer que enfermaras si te atrevías a mirarlo. Y estaba el *näkki*, habitante de ciénagas y lagos, un monstruo que adoptaba múltiples formas y acechaba para arrastrarte al fondo, donde morías ahogado. Eran cuentos para niños, claro, pero me encantaba cuando mamá se sentaba al borde de mi cama y me los contaba antes de darme un beso en la frente y apagar la luz. Ella sabía muchos cuentos así.

–Estás pensando en mamá. –La voz de papá sonó calma.– Lo noto siempre.

No dije nada.

–Yo también la echo de menos. –El comentario de mi padre fue casi un susurro, como si le costara reconocerlo.

Al otro lado del camino había un abismo del que no se veía el fondo. Si papá llegaba a desviarse demasiado en esa dirección, nos precipitaríamos y tardaríamos un rato muy muy largo en llegar al suelo.

–Tengo una cosa para ti –anunció papá. Abrió la guantera, se inclinó hacia un lado y, sin apartar la vista del camino, hurgó en el interior. Ahí dentro había de todo: papeles arrugados, cartuchos para su escopeta, un viejo cuchillo con mango de hueso, trozos sueltos de bramante y un paquete abierto de cigarrillos. Pero lo que sacó fue un pergamino arrugado, me lo pasó y me dijo–: Toma. Para ti.

–¿Qué es? –pregunté tendiendo la mano y recibéndolo con dedos temblorosos.

El papel estaba amarillento, como si fuese antiguo. Y tieso y arrugado allí donde había estado apretujado en la guantera. Olía a aceite.

Papá sacó un cigarrillo del paquete antes de echar el cartón otra vez a la guantera y cerrarla con un golpe seco. Cuando encendió el cigarrillo y abrió un poco la ventanilla, el viento me lanzó el humo a la cara. Me cambié de sitio para evitarlo.

–Venga –insistió papá–. Ábrelo.

Dudé un instante, inspiré hondo, desenrollé el pergamino y observé el dibujo antiguo.

–¿Un mapa?

Reconocí un par de los sitios marcados. Vi el camino por el que íbamos y el bosque que se extendía a nuestra izquierda. Y en la parte alta de las estribaciones, al pie del monte Akka, estaba el Sitio de las Calaveras, hacia donde nos dirigíamos. En la parte de abajo del mapa se encontraba nuestro pueblo.

–Hay una cruz roja –dijo papá.

Recorrí el mapa con el dedo y noté los pliegues y las arrugas en el papel viejo y tieso.

–Ya la he encontrado. ¿Qué es? –pregunté sin quitar el dedo de la cruz roja. Parecía reciente, como si alguien la hubiese dibujado con rotulador.

–Es un secreto entre tú y yo –me advirtió papá–. Un lugar donde es probable que haya ciervos. –Quitó las manos del volante y desplegó los brazos.– Y son ciervos magníficos con cuernos bien grandes.

–¿Unas tierras de caza secretas? –Al examinar la cruz roja noté el misterio de aquel lugar. Recordé que mamá decía que el ciervo era mi animal, que eso me daría el bosque.

–Exactamente. Así que vete para allá, espera al amanecer y procura mantenerte con el viento en contra.

–De acuerdo, papá. –Aparté la vista del mapa y lo miré.– Sé cómo llamarlos.

Pero vi su reacción, enarcó las cejas y apartó la vista para mirar el camino.

–Ese lugar secreto de caza se encuentra en una amplia meseta cerca de la cumbre de la montaña. Descansa antes de llegar a la cima y escálala al amanecer. Encontrarás un ciervo y pasarás la prueba.

Descansar. En la oscuridad. Toda la noche solo en los bosques del monte Akka. Las últimas dos semanas no había pensado en otra cosa. Había soñado con eso y me había despertado con el peso del miedo en la boca del estómago.

Tragué saliva y procuré infundirme valor, por mí y por papá. Era importante para los dos.

–¿Papá?

–¿Sí?

–Quiero que sepas... que en la prueba... voy a hacerlo lo mejor posible.

–Ya lo sé.

Eché otro vistazo al mapa, luego lo enrollé y me lo metí en el bolsillo. Cuando levanté la cabeza, papá me observaba por el retrovisor.

–Pero no sé si hacerlo lo mejor posible será...

–Bastará con que lo hagas lo mejor posible –dijo papá asintiendo con la cabeza y obligándose a sonreír, pero él y yo lo teníamos claro: papá era un héroe, una leyenda, así que daba igual lo que yo hiciera, nunca sería suficiente.

El mundo se sumió en la oscuridad cuando el camino se adentró entre los árboles y papá fue subiendo más y más por las estribaciones. Seguimos hacia arriba hasta alcanzar una explosión de verdes y pardos, rodeados de pinos y abetos tan altos que tuve que apretar la cara contra el cristal sucio y mirar hacia arriba para ver las copas. El olor fresco y dulce que entraba por la ventanilla abierta de papá me recordó las primeras horas de la mañana en el bosque. En el último mes, papá me había despertado a diario al despuntar el alba para llevarme al bosque que hay detrás de nuestra casa, donde encendíamos fogatas y construíamos refugios para practicar. Me enseñó a rastrear animales, a usar camuflaje y a disparar con su arco, no con el mío, una flecha tras otra a nuestro ciervo simulado. Nunca tuve fuerza para tensar su arco hasta el final, y sabía que eso lo preocupaba tanto como a mí.

Papá aplastó el cigarrillo en el cenicero y cerró la ventana.

–Ya casi hemos llegado –dijo.

Se me encogió el estómago y me obligué a asentir.

–Sí.

Me desplazé hacia un costado, me puse detrás de él y saqué la foto que había robado del tablón de anuncios en el pabellón de caza. Era tamaño postal, vieja como el mapa, y estaba doblada por la mitad. La abrí y contemplé la imagen de papá el día en que cumplió trece años. Llevaba un arco grande en una mano, medio vencido bajo el peso de la cabeza de un oso pardo que cargaba a la espalda. Me pregunté cómo me las arreglaría para ser tan valiente y fuerte como él.

–Les demostrarás lo que vales –dijo papá como si me estuviese leyendo el pensamiento.

Doblé la foto y me la guardé en el bolsillo en el mismo instante en que papá echaba un vistazo al retrovisor.

–Tienes la inteligencia de tu madre, Oskari. Eres listo. Mucho más listo que yo. No se trata de ser el más grande ni el más fuerte, ya te lo he dicho.

No se me ocurría nada que fuera más útil que ser el más grande y el más fuerte, la verdad. Ser el más valiente, a lo mejor. O una escopeta.

–Acuérdate del mapa –dijo papá–. No lo pierdas.

Encabezábamos la caravana, de modo que fuimos los primeros en llegar a lo alto de las estribaciones y salir al Sitio de las Calaveras, al pie del monte Akka. Dando tumbos alcanzamos un amplio claro rocoso que no había visto en

mi vida, pero del que había oído hablar a los chicos mayores. El bosque lo rodeaba casi por completo y las piedras escarpadas se elevaban por todas partes; desde el lado más próximo, un despeñadero vertical, se veían densas nubes que envolvían las cimas lejanas de las otras montañas. Papá llevó el coche casi hasta el borde, y las ruedas arrancaron crujidos a las piedras sueltas. Luego giró el cuatro por cuatro, nos detuvimos con el morro apuntando hacia el Sitio de las Calaveras y apagó el motor.

Del otro lado del claro, una nube negra asomó sobre las copas de los árboles. Se elevó hacia el cielo amoratado y gris y se partió en cientos de cuervos. Volaron en círculo y se desperdigaron en distintas direcciones antes de volver a posarse.

Cuando los hombres de mi pueblo hablaban de este lugar, lo hacían como si se tratase de tierra sagrada. Como si formara parte de ellos. Y aunque algunos de mis amigos me lo habían descrito, y papá había procurado prepararme para cuando lo viera, jamás imaginé que tendría semejante aspecto.



## La prueba

**E**n el centro del Sitio de las Calaveras se levantaba una gran plataforma construida con troncos de pinos y abedules muertos. Era como una jaula gigante y en su interior, a través de las separaciones entre los troncos ennegrecidos y erosionados, alcancé a ver la superficie de rocas grises y suaves de su base.

Era como si llevara allí desde el principio de los tiempos, como un gran altar dispuesto para el sacrificio, y me pregunté a cuántos niños habrían llevado hasta allí para que se plantaran en él, a la espera de pasar la prueba. Un cerco de estacas de madera rodeaba el altar. Anchos postes de pino, gruesos como brazos, que me llegaban a la altura del hombro. Había muchos más, desperdigados por ahí, enterrados en la tierra al azar, con una calavera en la punta. Algunas eran pequeñas, restos de urogallos, faisanes o conejos, pero también se veían otras calaveras más imponentes. Vi lo que

quedaba de un ciervo, un par de zorros e incluso la calavera de un ciervo macho grande, completa con sus cuernos. Y justo delante de nosotros, en el poste de pino más alto, destacaba el cráneo de un oso.

Desgastado y amarillo por la acción del viento, la lluvia y el sol, el cráneo de oso, clavado en la punta del poste, tenía la boca abierta como si estuviese soltando un rugido tremendo. Como si a pesar del tiempo transcurrido desde su muerte siguiera rabioso por lo que le habían hecho.

El cráneo era tres veces mayor que el mío, y los enormes dientes curvados, del tamaño de mis dedos. Unos dientes así eran capaces de aplastar la cabeza de un hombre o arrancarle un brazo. Un oso de ese tamaño podía romperle los huesos a un hombre con la misma facilidad con la que yo partía una rama de abedul.

Lo miré y me estremecí.

Los ojos vacíos del cráneo me devolvieron la mirada.

—¿Es el tuyo? —pregunté moviéndome en el asiento y rompiendo el silencio.

—Sí —asintió papá y se tocó el diente de oso que le colgaba del cuello atado a un cordón de cuero.

—Pero no tiene por qué ser un oso. Hamara trajo un ciervo, ni siquiera macho. Y Davi consiguió un par de urogallos.

Miré otra vez las cuencas de los ojos, negras y vacías, del cráneo del oso y me pregunté qué me daría el bosque. ¿Qué merecía yo?

24 Los demás vehículos comenzaron a asomar entre los árboles, a nuestras espaldas, y, dando bandazos, se detuvie-

ron donde aparcamos nosotros. Formaron un semicírculo mirando al Sitio de las Calaveras, y los hombres se bajaron. Al cabo de nada, al menos veinte de ellos pusieron manos a la obra como si cada uno tuviese una tarea por cumplir.

–Espera aquí. –Papá abrió la puerta y se bajó al claro.

Las voces de los hombres llenaron el coche unos segundos, luego papá cerró de un portazo y los sonidos volvieron a llegarme amortiguados. Me sentía distinto a los demás. Como si no fuese uno de ellos.

Papá se encasquetó bien la gorra, se subió la cremallera de la chaqueta verde que llevaba encima de la sudadera y, con dificultad, llegó hasta el último coche de la fila. Un cuatro por cuatro, cascado y cubierto de herrumbre, con un pequeño remolque. Hamara, su dueño, esperaba al lado del vehículo; con los pulgares metidos en el cinturón, observaba cómo trabajaban los demás.

Hamara era el hombre más corpulento que había visto en mi vida. Le sacaba más de una cabeza a mi padre; una enmarañada barba gris le ocultaba gran parte de la cara arrugada, y debajo del raído gorro negro de lana asomaban mechones de pelo gris y desgreñado. Llevaba la chaqueta de camuflaje abierta y, debajo, un jersey sucio de color beis como a punto de reventar sobre la barriga. Calzaba un par de enormes botas de goma. De su hombro colgaba una escopeta que parecía tan vieja y gastada como él.

A papá no le caía muy bien Hamara; decía siempre que era un viejo gruñón, pero era el jefe, y uno de los veteranos de nuestro pueblo; no había nada que hacer.

Hablaron un momento y después miraron en mi dirección. Noté que papá estaba nervioso porque se arrancaba los pellejos del pulgar izquierdo. Solía hacerlo cuando tenía una preocupación. Lo vi hacerlo por primera vez en el hospital, cuando mamá enfermó; se dejó el pulgar en carne viva. Ni siquiera dio muestras de notar que sangraba.

Hamara me observó con sus ojos penetrantes y llorosos; apretó los labios antes de asentir una sola vez. Papá aguardó un momento, se miró las botas y luego regresó al cuatro por cuatro.

–Baja –dijo abriendo la puerta–. Ayúdame con la tienda de campaña.

Cuando la tienda quedó montada, en el Sitio de las Calaveras se desplegó una actividad frenética; los hombres hacían los preparativos, pero nadie reía ni bromeaba. Reinaba una atmósfera solemne y todos hablaban en voz baja mientras Hamara les indicaba qué debían hacer.

Papá fue a ayudar a Efra a partir los gruesos troncos de pino y a echarlos a la fogata que ardía dentro de un círculo de piedra. Otros montaban refugios, ordenaban sus caravanas, encendían antorchas y las plantaban en el suelo, aunque faltaban unas horas para que oscureciera.

Era primavera, pero nos encontrábamos a mucha altura y tan al norte del círculo polar ártico que el aire seguía siendo frío. Debajo de las chaquetas los hombres llevaban varias capas de jerséis que los hacían parecer más gruesos de lo normal. De aspecto peludo y feo, aunque los veía a

diario, el lugar los dotaba de un salvajismo extraño, como si acabaran de salir del bosque. Llevaban la escopeta al hombro y un cuchillo colgado del cinturón.

Había también otros chicos, todos mayores que yo, aunque no por mucho. Ninguno me dirigía la palabra. Hasta mis amigos Jalmar y Onni se limitaban a sonreírme o a hacerme alguna seña cuando nuestras miradas se cruzaban. Otros como Risto y Broki me miraban y cuchicheaban al tiempo que con el dedo hacían el gesto de cortarse el cuello.

Me encasqueté el gorro de lana y fui al remolque, donde fingí revisar el quad. Papá y yo ya lo habíamos repasado antes de salir, de manera que sabía que estaba en orden y que mi equipo completo se encontraba en la parte trasera, pero no se me ocurría nada mejor que hacer en el poco tiempo que me quedaba. Hamara no tardaría en llamarme para que me presentara ante los hombres, y mis temores se apoderarían de mí.

Como confirmación de mis pensamientos, un súbito escopetazo surcó el aire. Al oír el estampido fuerte y claro pegué un salto y miré hacia la plataforma, mientras el eco llenaba el Sitio de las Calaveras y subía por la montaña hasta dispersarse en la nada.

Hamara estaba allí de pie, mirándonos desde arriba, con la escopeta en la mano derecha. Había apoyado la culata en la cadera y el cañón apuntaba hacia arriba. En la mano izquierda empuñaba un enorme arco de caza. Hamara parecía aún más corpulento, una especie de salvaje animal prehistórico.